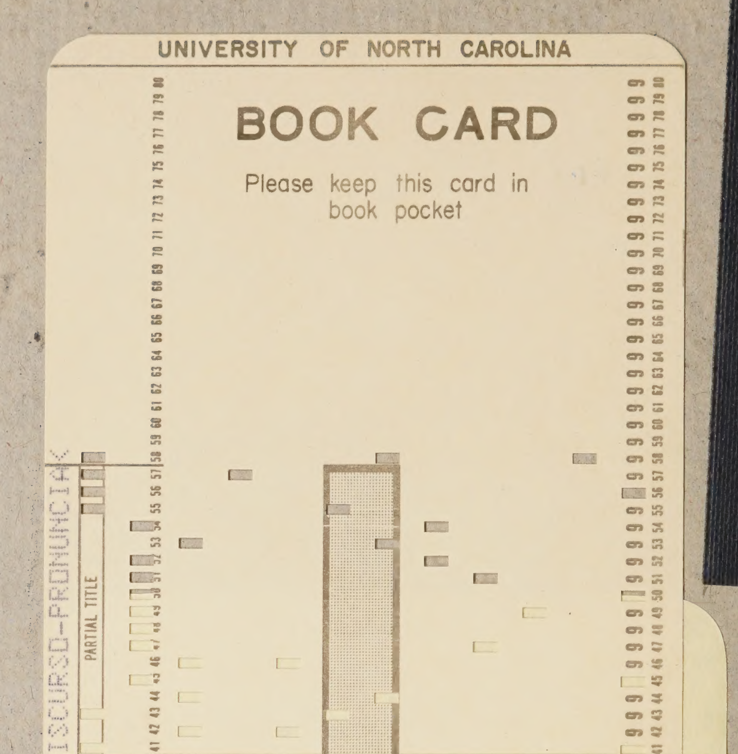
DISCURSO

de Recepción del Dr. Manuel Díaz-Rodríguez, como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, el 6 de Diciembre de 1924



Tip. Americana
Caracas


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
BOOK CARD
Please keep this card in book pocket
PARTIAL TITLE


LUX
LIBERTAS

AP	AC	AE	AV	See over	S AC / AV	Order No: 2	Acq. Dept., Library Univ. of North Carolina Chapel Hill, N. C. 27514

UNC — No. Copies:

LC ✓

IP

Author: Díaz Rodriguez, Manuel, 1868-1927.

CF OO OC SR

Title: Discurso de recepción del Dr....como individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia......

Ed: Vols:

ISBN, Place, Publisher, Date: Caracas, Tipografía Americana, s.f. [1924]

Series: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, CARACAS. DISCURSOS LEÍDOS. V. 1, NO. 10.

CO SR

Vendor: Soberbia.

Init: WH

Dealer:	Cat No: 27/I/72 Item No:	
Fund: Deposit.	Est. Price: Bs.35	
For Library: Main.	Approved By: [initials]	Recommended By:
Date Received:	Copy Found: P-56 NV NUC	Y-LC

Cover title.

1. Venezuela - Hist. - Addresses, essays, lectures. I. Title.

DISCURSO

pronunciado por el Dr. Manuel Díaz-Rodríguez, en su Recepción como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, el 6 de Diciembre de 1924

Tema: Ayacucho en la Revolución de Hispanoamérica.

Señor Ministro de Instrucción Pública.

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia.

Señores Académicos.

Señoras y Señores:

Tres veces en una me honrais con vuestra invitación a sentarme entre vosotros, y es fuerza que a ese triple honor corresponda con triple acción de gracias.

No sé si en el amable efugio del reglamento que me permite llegar a vosotros, habeis hallado el modo de ejercer la ironía. Talvez hayais querido darme a entender cómo ya era tiempo de cesar en mi inútil devaneo de viajero y de escritor y de asentar mi inquietud entre aquellos que la lengua italiana con generoso eufemismo llama **attempati**, para no decir ancianos o viejos. Porque si especialmente y en cierto modo no se concibe una Academia de la Historia sino pasada ya la edad heroica de un pueblo, toda academia es para el individuo como isla de reposo y de paz

después del batallar de la juventud, que es la edad heroica del individuo, repartida en proporciones diversas entre veleidades de Cid Campeador y veleidades de Miguel de Mañara. Verdadera isla rodeada de las aguas, o isla de silencio rodeada de rumores, como puede serlo en el corazón de la ciudad el jardín cercado de muros. Y en ella todo académico viene a ser a la distancia una imagen cabal de aquellos griegos de la decadencia que, faltos de empresas varoniles en que emplear sus aptitudes, cuando ya no había soldados que vencer en los campos de Maratón, ni la proa de bronce de las galeras persas cortaba el mar de Salamina, se contentaban con poner en juego las nobles actividades de su espíritu, yendo a platicar o a oir platicar a filósofos y poetas a la sombra de los plátanos, poetas griegos también por su lenguaje numeroso.

Yo seré de los que vengan más a menudo, no a platicar, sino a oir lo que platiquen vuestros labios disertos, de las grandes y bellas cosas del pasado. Entre vosotros hay cultivador y aun maestro para cada género histórico, empezando por la crónica amable y de enjundia, de sabor intenso y familiar, como el de esos buenos platos de la cocina burguesa que afectamos ver con desdén para en secreto paladearlos con más gusto que esos otros que con mucha ceremonia nos traen a la mesa en los festines. Y así, alerta siempre el oído, podré ir del cronista al historiógrafo, del historiógrafo al historiador y del historiador a quien representa en la historia la filosofía, y filosofa a la manera de un Taine o un Spengler. Mucho tengo que

aprender de vuestros labios, y mucho será que logre siquiera engarzar con arte lo que aprenda de vosotros.

Con el mismo gesto me habeis consagrado sucesor de un hombre íntegro y puro: He nombrado a Don Felipe Tejera. Historiador y poeta, pulcro de estro, maneras, costumbres e intención, fué de los que, por su vida ejemplar, constituyen la savia discreta, profunda y cristalina de un pueblo. Si otros son el yacimiento de hierro o el bloque de granito en la base del monte; la pompa real del cedro o la nativa elegancia de la palmera que en las faldas del monte se crían; el fuego interior, que es catástrofe latente; ellos, por su vida apacible y utilísima, son el humor precioso que por las entrañas del monte circula, y se posa en la cima con candores de nieve, y destila por entre las grietas de las rocas, para, con suave música y sonrisas, bajar por la hondura de cañadas y quiebras a fecundar las tierras del valle.

Cuadra evocar la pureza de su nombre y de su vida, en la oportunidad en que evocamos al héroe de Ayacucho, caudillo sin rival de esa limpia casta de varones.

Habeis querido, en efecto, recibirme en la misma ocasión en que celebráis, y, con vosotros, el país y nuestra América toda celebran el centenario de la última jornada gloriosa de la independencia americana. Por lo que, naturalmente, he sido llevado a hablaros de Ayacucho y de sus dos grandes protagonistas —presente el uno a la batalla, ausente el otro—en la revolución de Hispanoamérica.

La tierra del sol, como era justo, no necesitó sino de un día para ganar su independencia. Poco importa que ese día tuviera su noche siniestra en la quebrada de Corpahuaico, porque a la faena libertadora bastaron la tarde de Junín y la mañana de Ayacucho.

Hace hoy un siglo quedaba adquirida la independencia peruana, y terminaban, coronados con glorioso remate de cumbre, quince años de afán contínuo y heroico por la independencia de América. La exígua llanada de Ayacucho se exalta en la luz de la mañana-- que era en aquellas latitudes mañana de primavera-- hasta hombrearse con la cima del Cundurcunca, y el Cundurcunca mismo aparece más enhiesto y como empinándose en el futuro, consciente ya de ser el término que irrevocablemente separa, con la inmaculada pureza de su casco de nieve, dos épocas de la historia. Y Ayacucho dejó de ser el «rincón de los muertos», para trocarse en inagotable raudal de enseñanza y de vida.

«La América del Sur está cubierta de los trofeos de vuestro heroísmo—dirá el Libertador en su proclama al Ejército—pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, eleva su cabeza erguida sobre todo.» «Es—repetirá más tarde, al trazar los rasgos biográficos del vencedor—la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre.» Y sin duda es la obra de Sucre, por cuanto hace a la ideal estructura de la batalla, a los limpios y clásicos movimientos con que la habilidad y la visión del simpar estratega acaban arrancando, con las palmas del triunfo, toda esperanza a las armas realistas. Pero en cuanto a su inmensa

y honda significación, la victoria de Ayacucho no fué la obra exclusiva de Sucre. No fué la obra exclusiva de Colombia o del Perú, de Buenos Aires o Chile, de ninguno de los pueblos que tuvieron la fortuna de verse representados, siquiera por alguno de sus hijos, en la última gran batalla de la Independencia. No fué la obra exclusiva de un hombre o pueblo determinado, sino la obra de todos. Era la obra de los presentes a la jornada, y lo era también de infinitos ausentes que, en un ímpetu de simpatía o de voluntad generosa, acompañaban desde lejos en espíritu las armas de la libertad. Era la obra de cuantos vivieron aquella triunfal mañana de primavera, transfigurados de heroísmo y orgullo, y era también la obra de muchos que ya de tiempo atrás yacían bajo la tierra convertidos en polvo. Era la obra de los libertadores y lo era también de todos los precursores—hombres de Chuquisaca o la Paz, de Quito o el Socorro, de Caracas o México—de cuantos precursores brillantes u obscuros, Pumacahua o Carrera, Murillo o Miranda, de México a Chile y del Plata al Orinoco habían, por la misma causa de bien, terminado en el patíbulo, o desaparecido sin dejar ni el rastro de sus huesos en la noche de las prisiones, o sucumbido en las penalidades del destierro, o muerto, los más felices, aunque sin recibir sobre sus frentes el beso de la gloria, en anónimos campos de batalla.

En todas y cada una de nuestras repúblicas floreció la planta del precursor en rosas de martirio. Y cuando en 1810 la obra de los precursores se evidencia

y afirma, todos nuestros pueblos adoptan casi simultáneamente iguales procedimientos y lenguaje. En todos ellos se establecen juntas que son como un eco de las juntas españolas, y todos ellos, o la mayor parte de ellos se constituyen, de Centroamérica al Plata, bajo el nombre de Provincias Unidas. Una misma doctrina, y aun las mismas palabras fundamentan las distintas declaraciones de independencia. Por encima de las fronteras de la colonia, provisionales e indecisas, fraternalmente se tienden unos a otros las manos. Reconócense los hombres, de uno a otro país, como hermanos de armas, como ciudadanos de una misma nación, de una misma patria: la América. Porque des- de su primero y más pálido albor la revolución de independencia fue siempre, hasta la mañana de Ayacucho, franca y esencialmente americana.

Ya los granadinos acudían a la independencia de Venezuela, y en el corazón de Girardot encontraba símbolo supremo la cooperación heróica de la Nueva Granada; ya los venezolanos en Boyacá refrendaban con la sangre de sus venas la independencia granadina. Tramontaban los ríoplatenses la cordillera para ir a batirse por la independencia de Chile, y argentinos y chilenos movían luego su cruzada libertadora a los campos del Perú. Concurrían argentinos y peruanos, como a una cita de honor, al coronamiento de la independencia colombiana, cuando, obedientes a la espada de Sucre, las falanges y banderas de la libertad, anulando el empuje de las armas del Rey, dominaban las alturas del Pichincha en un vuelo incontrastable de cóndores. Y en seguida, ecuatorianos, venezolanos,

granadinos, los hijos de Colombia, irían de Junín al Desaguadero, sembrando por las altas mesetas de los Andes del Perú un pensil de fábula y de sangre.

Unas veces los esfuerzos, dispersos y limitados, como los mismos hombres, aparecían aislados y egoístas; otras veces, concertados y harmoniosos, trasponían las fronteras con decidido movimiento de expansión deliberada y coherente.

Pero todos, esfuerzos, hombres y pueblos, reconocían enemigos e ideales comunes. Y así las energías de unos y otros habían de converger necesariamente a un mismo fin, a encontrarse concordes en la gloria de Ayacucho, a cristalizar en la «cumbre de la gloria americana». Para elevar esa cumbre, allegó cada quien su material: el uno su grano de arena o su guija de arroyo; el otro, su noble piedra sillar, española o incaica; y hubo quien allegase también su bloque de mármol preclaro, albo y sin mancilla como la nieve del Cundurcunca; pero, como era uno mismo el fervor, él bastó a trasmutar tan diversos materiales en una sola substancia divina.

Virtualmente quedaba terminada en Ayacucho la obra militar de la revolución, porque epílogo forzoso de esa batalla habían de ser, de una parte la rendición del Callao, y de otra parte la independencia del último territorio ocupado todavía por las huestes del Rey, o sea el territorio de las provincias bajas del Río de la Plata que, al verse emancipadas por las armas de Colombia, y propicios el pensamiento del Liberta-

dor y los Congresos de Buenos Aires y el Perú, se organizaron, conforme a su voluntad categórica y manifiesta, en el nuevo estado soberano de Bolivia.

Terminada la acción, el hombre, el político y el estadista que alientan en el héroe de Ayacucho revalidan moralmente la revolución americana. Las capitulaciones que en el mismo campo de batalla ofrece el vencedor al vencido justifican la revolución a los ojos del universo. A ningún otro podía el genio de la revolución y de América fiar el encargo de hacer justicia en Ayacucho. Jamás como al pié del Cundurcunca se puede decir de Sucre lo que Pereira, el noble historiador mexicano ha dicho de él: que fué el copo de nieve sobre la charca de sangre.

La vida y la obra de Sucre podrían tener síntesis cabal en las líneas netas y precisas de una figura geométrica, tal como un diamante de aguas clarísimas, y de espléndidas facetas pulidamente labrado por un artífice glorioso. Limpio de corazón, era extremoso de pulcritud así en sus concepciones de estratega como en los más triviales hechos de la vida. Su vida y su obra tuvieron desde su principio luminoso bajo el cielo de Cumaná la limpidez y el ímpetu de una sola línea recta. Línea recta fué su vida de teniente obscuro en el oriente venezolano hasta dar con la facción. Ya sabéis que la facción fue planta que se crió y aun fructificó en todas y cada una de nuestras nacientes repúblicas, y también sabéis como tales facciones fueron después cohonestadas—así en el Perú bajo la pluma de un Riva Agüero—con el nombre de nacionalismo, aunque el nombre y la cosa en cierto modo

sean todavía hoy prematuros en América. Pero aquella línea recta, al tropezar con la facción, siguió imperturbable en su rectitud, poniéndose de parte de Bolívar, que era ponerse de parte de la patria. Y desde entonces la línea recta ya no se detuvo en su maravillosa ascensión, culminando primero en el tratado de regularización de la guerra que, de orden y según instrucciones del Libertador, ajustara con Morillo, el jefe de las fuerzas españolas expedicionarias en Venezuela y Nueva Granada, más tarde en Pichincha, después en Ayacucho, luego en la presidencia de la flamante república altoperuana, y, por último, en las negociaciones de Cúcuta para impedir la disolución de Colombia, hasta que la envidia y sobretodo el miedo a una autoridad y una gloria indisputables, contenidas en el recio búcaro de una juventud vigorosa, la quebraran por siempre jamás, traidora y brutalmente, en la ruín asechanza de Berruecos.

A la justeza de líneas y movimientos en el genio del estratega, correspondía el más exigente sentimiento de justicia arraigado en el espíritu del hombre. La justeza de líneas y movimientos del estratega traza, inmovilizando y anulando al enemigo, el férreo cerco de Yaguachi, el vuelo de águilas del Pichincha y la táctica ondulante y paralela con que sigue, copia, previene o envuelve la estrategia del contrario a través de los riscos y abismos de la cordillera, hasta arrebatarle de las manos la victoria en la meta definitiva de Ayacucho. Entretanto, de su exquisito sentimiento de justicia procedían las delicadezas, los escrúpulos y dudas que en el terreno de la política lo asaltaban,

como en los turbios días del Callao o al pasar el Desaguadero, imponiéndole aquella involuntaria y ambigua actitud que observadores contemporáneos demasiado suspicaces o nada psicólogos imputaron a una doblez del todo extraña a su corazón.

Su espada era quizás, de México al Plata, la única espada libertadora cuyo filo certero y leal podía muy bien hacer de fiel irreprochable en la balanza de la justicia. Y su justicia en Ayacucho había de coincidir necesariamente con la magnanimidad y la clemencia. Después de la batalla, no hay ya vencedores ni vencidos. El vencedor tiende su mano y sienta a su mesa al vencido, y es el vencido, no el vencedor, quien se refiere con maravilla a los hábiles movimientos del ejército patriota en el campo de batalla. Al vencido americano se le abren los brazos y se le da el beso de la paz y el olvido. Y al vencido español se le repatria con el oro del Perú, o se le acoge en las filas del ejército patriota con igual rango y tratamiento. Tal es la justicia de Ayacucho. Ni antes, ni mucho menos después, hemos recibido nosotros, los americanos—podemos proclamarlo con orgullo—una lección igual de la materna, grande y civilizada Europa.

El enemigo no era el español. Desde su mismo iniciarse, la revolución en toda América asumió los caracteres de una guerra civil. Ya fuese por un loable y diverso concepto de patriotismo, que los inclinara a considerar con más lustre a la patria haciendo parte integrante de la vieja monarquía española, ya fuese por otras causas, lo cierto es que, desde el principio de la revolución, eran americanos en su mayoría los

que sirvieron las armas del Rey; y asimismo, y también desde el principio de la revolución, muchos españoles, llámense Arenales o Campo Elías, Mina o Pardo Zela, habían venido batiéndose con igual fé, con igual bravura y constancia que el criollo por las banderas de la patria. Y si el enemigo no era el español, tampoco era España el enemigo. Muchos hombres, y aun todo un partido, acompañaban desde España con sincera simpatía, si bien no llegaran hasta desearles el triunfo, a los ejércitos de la independencia. El verdadero enemigo era un régimen de usos y abusos universales, no españoles exclusivamente, que, ya agonizante, forcejeaba por mantener su imperio sobre América y Europa. Y el régimen se volvía entonces contra la misma España, traicionada, humillada y rendida sin lucha a los invasores. El ejército que, si bien cimentando los designios egoístas de un César, había, a través de Europa, llevado en la punta de sus bayonetas el prestigio y la luz de las ideas liberales, ahora, en España, sofocaba, al servicio de la Santa Alianza, las libertades españolas y restauraba en el trono el absolutismo.

La revolución, realizada primero en los grandes espíritus de entonces, desencadenada después de un extremo a otro del continente en innúmeros campos de batalla, acabó, justificándose a sí misma, por condenar irrevocablemente aquel régimen en el noble torneo de Ayacucho. Las mismas potencias de la Santa Alianza, mantenedoras de ese régimen, se decidieron a abandonar a su destino la política o impolítica del gobierno español, o si queréis, de Fernando sép-

timo, deslumbradas por el nuevo horizonte que de repente se abría a la iniciativa, la industria y labor de sus nacionales. Del «rincón de los muertos» brotaba un inagotable manantial de vida, no sólo para la América sino también para la misma Europa. En Ayacucho se alcanzaba la independencia del Perú, se aseguraba la constitución y la independencia de Bolivia, se afianzaba la independencia de Buenos Aires, de Chile, de Colombia, de todas nuestras repúblicas, y se franqueaban por primera vez de par en par las puertas de la América a las corrientes del comercio y la cultura occidentales. Ya el Libertador, en la proclama en que ensayaron su preludio los clarines de Junín, lo había anunciado cuando dijo que «la libertad del Nuevo Mundo era la esperanza del universo.»

Para imprimir carácter de revolución a nuestra guerra de independencia bastaría ese resultado. Hay, sin embargo, quien afirme --y es un español-- que nuestra América española no ha contribuido hasta hoy a la historia de la humanidad con una sola revolución verdadera. Niégase a la guerra de independencia, con su carácter de revolución, su mismo carácter de americana. Tras de ironías más o menos fáciles y amables a propósito del gran número de revueltas intestinas en que por más de media centuria se han desangrado lamentablemente nuestros pueblos, con acierto se ha dicho que el nombre de revolución en el sentido trascendente y filosófico no lo merecen las que no pasan de ser meras protestas contra abusos del poder, sino aquellas otras que van contra los mismos usos y traen inscrito en sus programas o pendones algún nuevo principio. Desde luego sería necesario

entenderse respecto al significado de términos tan generales como los de «usos» y «abusos» que, por ser tan generales, pierden al fin toda significación. Así, era un abuso, y al mismo tiempo era un uso consagrado por la ley y erigido en verdadera institución de todas las naciones civilizadas de entonces, la infamia de la esclavitud, contra la que se pronunció desde sus primeros pasos la revolución de Hispanoamérica. La revolución fué, en parte, sin duda, una protesta contra los abusos del poder, pero también se rebeló contra los usos de una civilización ya carcomida y minada por la decrepitud, y de su propia sangre generosa exprimió principios nuevos e inmortales.

Tampoco fué, como se ha asegurado y muchos americanos han repetido, privándola de virtud indígena, una mera imitación o caricatura cisatlántica de la Revolución francesa. Ambas tuvieron, es verdad, principios comunes, o más bien la nuestra adoptó principios de la extraña. Pero, esos principios comunes, al cambiar de escenario, cambiaron de importancia y trascendencia, de tal suerte que las variaciones impuestas por el cambio, concluyeron por hacerse características, dando a nuestra revolución fisonomía y originalidad propias. No era lo mismo proclamar los derechos del hombre en el seno de una sociedad como la francesa, de unidad casi perfecta de raza, que proclamarlos como Nariño y otros próceres en el seno del inmenso imperio español, en el seno, sobre todo, de la sociedad de nuestra América del Sur, donde íntimamente convivían y unánimemente aspiraban a derechos iguales tres razas diversas. La presencia de un hombre de otra raza, de un hombre de color, en el seno de

la Convención francesa, no pasaba de lo pintoresco y teatral, de ser una nota propicia al desbordamiento lírico de políticos y oradores. Lo que allí era un vano juego sin consecuencias, la ostentación superficial y espiritual del dilettantismo filosófico, surgía entre nosotros como problema innumerable, cotidiano y viviente. Gran distancia va de escribir las palabras de libertad, igualdad y fraternidad al frente de los edificios públicos de Europa, a practicarlas y vivirlas, con todo su contenido profundo en el seno borrascoso y heterogéneo de nuestras masas. Y ya antes de terminar la guerra de independencia, ese problema innumerable y al parecer insoluble, tuvo en la leal y total aceptación del canon democrático su única solución posible. Fué una conquista incruenta de la democracia, o alcanzada con la misma sangre vertida en los campos de la independencia, que encontró su natural coronación y símbolo al día siguiente de Ayacucho. En las filas del ejército libertador había hombres que fueron hasta la víspera siervos y esclavos. Eran los unos, indios peruanos abrumados por el odioso tributo de la mita, condenado por la ley pero mantenido en la costumbre. Eran los otros, negros o mulatos de quienes hablara con ininteligente menosprecio un general de esos días. Y fueron las manos de esos indios peruanos, siervos de la mita, y de esos negros y mulatos, esclavos o hijos de esclavos de las ardientes regiones apureñas y de las orillas del Orinoco, las que plantaron las banderas de la independencia, las banderas del Perú y de Colombia, de Buenos Aires y Chile, sobre las altas torres del Cuzco.

Mientras las armas de la revolución, de uno a otro extremo de América llevaban, en su propia virtud, la simiente de la democracia integral, gracias a ellas habían

germinado y se disponían a florecer por la primera vez en la historia principios eternos. Aunque no formulado expresamente, el derecho de los pueblos a decidir de sí propios, que un siglo después había de tener inmensa resonancia, tuvo entonces tácito y riguroso cumplimiento en la fundación de Bolivia. Por las homéricas lanzas de Junín y la espada de Ayacucho, cuajó como fruto de gloria y brilló como nuncio de paz y fraternidad para los pueblos de la América hispana, aquel principio del arbitraje que, enunciado en el Congreso de Panamá e incorporado desde luego al derecho público universal, fué la base diamantina y es el abolengo sin tacha del derecho público de América.

Y así como los esfuerzos de todos, locales o generales, concentrados o dispersos, vinieron a converger y a culminar en Ayacucho, así los héroes, los libertadores, los hombres de estado, todos los hombres de la revolución, vienen de igual modo, con su acción heroica o sus ideas, con su verbo o su espada, con sus defectos o virtudes, a converger y culminar en el hombre que detrás de Ayacucho se presiente como detrás del coro de la tragedia griega el protagonista.

Cada uno de nuestros pueblos tuvo su héroe local, su héroe propio, su héroe vernáculo que, apegado al terruño, no traspasó jamás los linderos de la patria. Y cada uno de nuestros pueblos tuvo también su héroe, de aquellos de raigambre andina y conciencia americana que salvaron las fronteras con ímpetu generoso. Reclama uno la estatua egregia; otro el busto hecho de bronce, o de mármol, o de ingenuo barro nativo; otro, por último, simplemente, un nombre inscrito con caracteres diuturnos

en la austera sencillez de una lápida. Y todos, unos y otros, caben en un solo panteón, que es patrimonio de gloria común a los pueblos de América. La gloria de cada uno de ellos, aun la del más obscuro, se refleja con orgullo de familia sobre la frente de las otras patrias. Y cada una de nuestras patrias debe rendir a los héroes de las otras el homenaje de su veneración y su respeto. Uno mismo fué el ideal que ellos, por nosotros, persiguieron, y unos mismos deben ser el homenaje y el tributo. Y a cada uno, según sea o se crea de justicia. Pues muy bien podemos reservar las coronas de nuestra admiración, sin cometer ningún desacato, para aquellos que, no contentándose con legarnos patrias endebles o minúsculas, intentaron esculpir, con brazo y pensamiento ciclópeos, en granito de los Andes, o más difícilmente aún, en el espeso bloque de los prejuicios y de la sorda emulación de sus contemporáneos, los preclaros y nobles lineamientos de una patria grande y fuerte.

Decir Páez es decir Venezuela; decir Artigas es decir la Banda Oriental del Uruguay; decir Nariño es decir Nueva Granada; decir Güemes es decir la República Argentina; pero, decir San Martín, o Sucre, o Bolívar, ya es decir América, sobre todo decir Bolívar, porque él, Bolívar, con su genialidad avasalladora y múltiple, a todos los compendia --estatua egregia, busto o lápida-- y todos, pequeños y grandes, a él vienen a resumirse en definitiva, como los arroyos y los ríos, con su linfa turbia o diáfana, en la azul inmensidad del océano. Héroes o divinidades de la tierra del Sol, ya sea adorado el uno por los pueblos de la costa, ya sea adorado el otro por los hombres de la sierra, ya lo sea el tercero por las gentes

mediterráneas, Con, Viracocha y Pachacámac, aun conservando su mítica o divina entidad, se resuelven en la gloria de Inti, como las estrellas que, sin menoscabo de su sér y siguiendo cada una con ritmo inmutable en su órbita propia, se desvanecen y apagan ante el Padre de la luz.

Decir Bolívar no es decir Venezuela, ni la Gran Colombia, ni el Perú, sino América. Es decir América sin ningún género de limitaciones, o con sólo aquellas que son ínsitas del genio humano. Pueden San Martín, el Gran Capitán, vencedor insigne en Chacabuco y Maipú, y Sucre, el insuperable estratega, vencedor en Pichincha y Ayacucho, ganar grandes batallas como él, pero ninguno como él es a un tiempo mismo el verbo y la espada, el guerrero y el estadista, el poeta y el filósofo de la revolución. Fuera muy difícil representarnos, con todo su carácter continental y americano, la guerra de independencia, haciendo abstracción de Bolívar, a menos de no representárnosla como un gigantesco monstruo invertebrado, o como enorme y desarbolado bajel en alta mar, sin gobernalle ni rumbo. Porque él es en la historia de la revolución lo que son los Andes en la geografía: la columna vertebral de América. El no separa, sino agrega, úne, o si queréis, trata de unir, de articular, como los Andes, con formidables articulaciones de granito. Por eso el mejor monumento suyo, como quería la musa varonil de González Prada, está en el murallón de los Andes. No se puede imaginar su gran sombra sino errando a través de la América, del Avila al Potosí, de cumbre en cumbre. Cuando no lo vemos cabalgando el istmo panameño, entre el Atlántico y el Pacífico, viendo a la vez

como un dios bifronte al norte y al sur, lo adivinamos tramontando los Andes, en el páramo de Pisba, donde el arte lo sorprendiera abrumado bajo el tremendo presagio de su gloria, o en lo alto del Chimborazo donde se encuentra a solas con su delirio, o en la pampa de Junín donde hace rayar la aurora de la independencia peruana, o, por último, en la cima del Potosí, como aquel día de orgullo y de apoteosis en que hizo desplegar al viento de la puna, sobre las entrañas de plata de Bolivia, las banderas de la independencia.

A servirle de monumento, bastaría el sereno comentario de su última campaña, preparada en los trabajos titánicos de Pativilca y de Trujillo y resuelta en dos victorias: la victoria inicial de Junín y la victoria decisiva de Ayacucho. Sobre las alas de ellas no cesarán ya de volar, siempre hacia arriba, su pensamiento y su gloria. Ya él es --confesará más tarde Mitre-- «el hombre más poderoso de la América del Sur y el árbitro de sus destinos». «Yo sabía --exclamará el venerable y sabio Unanue-- de unas ciudades de la Grecia antigua que se disputaban la gloria de haber sido la cuna de un poeta, pero nunca había leído de naciones grandes y distantes que se disputasen a un mismo gran capitán, a fin de poner su nombre por lo menos al frente de sus armas victoriosas». Es el Libertador y el Presidente de la Gran Colombia. Es el Libertador y el supremo Director del Perú. Es el fundador de Bolivia. «Y ahora --volverá a decir Unanue en noviembre del año 25-- le ofrecen el glorioso título de Protector de la Argentina, y esta noticia llega a la metrópoli peruana al mismo tiempo que una porción de hombres ilustres, fugitivos de Chile, desembarcan en

nuestras playas a implorar su auxilio y protección, sin los cuales creen no tener patria ni gobierno. Verificado está el pronóstico, y el ilustre Bolívar, bajo nombres gloriosos, amigos de la libertad de los pueblos, es el genio que domina del Istmo al Cabo de Hornos».

Pero no es al Caudillo omnipotente, no es al Dictador, no es al Imperator que se lleva tras de sí voluntades y ejércitos, a quien los pueblos acuden e imploran. Es, como dirá otro peruano de la época, al padre común. Todo, porque ningún otro hombre de la revolución, particularmente a su paso por tierras del Perú, ha pensado, como él, en América y para América. Y porque, ningún otro hombre de la revolución, así fuese de modo incompleto y fragmentario, posée como él tan vasto y harmonioso ideario político. La visión de sociólogo con que abarca y penetra el problema de las castas en su prodigioso mensaje al Congreso de Angostura; sus ideas constitucionales, enderezadas de una parte a resolver aquel problema y a tener de otra parte solución apercibida para el que se planteará de urgencia, al día siguiente de Ayacucho, en la desapoderada y en cierto modo legítima ambición de los numerosos caudillos engendrados por la guerra de la independencia; sus grandes proyectos de confederación que, así como sus ideas constitucionales han venido día por día justificándose plenamente a lo largo de un siglo de historia; su ensayo, el primero en la práctica, de una sociedad de naciones, realizado en el Congreso de Panamá; su creación del arbitraje internacional y sus mismos conatos de romper el istmo panameño, constituyen un todo homogéneo y orgánico semejan-

te a un sér vivo, que significaba entonces y continúa significando todavía hoy, además de previsión política certera en desgarrar los velos del futuro, solidaridad americana organizada.

Quería para su América la unidad política, o algo semejante a esa unidad, con solidez y fuerza en las instituciones que impusiese a los extraños el acatamiento y el respeto. Y por eso él representa como ninguno la revolución ante propios y extraños. En nombre o en efigie, en el Monte Sacro de Roma, sobre el yermo paisaje del Agro, a orillas del Aniene, o en el centro de la gran metrópoli de los Estados Unidos a las orillas del Hudson, él representa a todos nuestros libertadores, desde Hidalgo y Morelos hasta O'Higgins y San Martín, porque él, mejor que nadie, representa el derecho de América, el derecho de todas y cada una de nuestras Repúblicas a la independencia y a la vida.

DISCURSO

pronunciado por el Dr. José Gil Fortoul, contestando al nuevo académico



Señor Ministro de Instrucción Pública.

Señor Director de la Academia Nacional de la Historia.

Señores Académicos.

Señoras y Señores:

De todos los dioses—que prefieren vivir en la penumbra del misterio, porque al sol de mediodía apenas serían dioses—el que más ha siempre atraído mi curiosidad e inquietudes es el viejo Fatum, a quien nosotros los del vulgo llamamos azar y buena o mala suerte, dios sutil que divierte su penumbrosa soledad sembrando de pasos inesperados el paso de las miopes humanas criaturas. Pero dios amable y risueño en ocasiones. Para ésta de hoy me reservaba la hora feliz en que vengo, después de larga ausencia, a dirigir aquí palabras de bienvenida a un gran escritor de mi patria y de mi tiempo.

Por otro azar, no sólo fuí testigo de sus comienzos en la vida literaria y uno de los primeros en señalar su privilegiado talento (alguna vez había yo de ser

profeta): le vi también iniciarse en la vida política, y compartimos luego tareas de Gobierno con un jefe nacional a quien acerté yo entonces en calificar de "hombre fuerte y bueno"; tareas en las cuales se distinguió igualmente nuestro nuevo colega con su alta personalidad intelectual. Porque a pesar de críticos malévolos, lo político y lo intelectual pueden ser sinónimos.

Venía usted, ilustre compañero, venía usted de las letras, con un haz de libros refulgentes y sonoros: yo venía de la diplomacia, región menos florida, y —ya, en el espacio y en el espíritu, dilettante cosmopolita—con algunos volúmenes de ciencia conjetural y de problemática historia. En nuestro nuevo campo de acción cometimos ambos uno que otro error de neófitos, y si mi memoria es fidedigna, acertamos muchas veces: balance favorable.

No creáis, Señoras y Señores, que aquí está hablando un diplomático de la vieja escuela, acostumbrado a tortuosos enredos de cancillería o a ingeniosas cortesanías de antiguo régimen. No. La diplomacia también se ha trasformado y adquirido mayor habilidad practicándose a cara descubierta, a cartas descubiertas, sin sombrero pumpá ni levita solemne, y hasta, como nuestros amigos de América septentrional, en mangas de camisa, cuando hace calor. Creedme: sinceridad, buena fe, habla rotunda sin equívocos, eran ya entonces y siguen siendo armas e instrumentos más eficaces que los antiguos, en la vida diplomática y política. En una y otra suelen cometerse errores, porque desgraciadamente todos los

hombres públicos caminamos en la incertidumbre, entre el día y la noche, subiendo cuestas con vista a la cumbre o rodando a monótonas llanuras, entre el éxito posible y la equivocación posible. Y es peor cosa, que a cada paso se tropieza uno con adversarios que por sistema o interés ven siempre en todo desacierto un pecado. Afortunadamente, si la culpa no es mortal, bórrase a menudo ante la misericordia de las almas buenas, ante el olvido de las memorias indulgentes, o bajo el perdón de los demás colegas en pecado. Hasta las austeras religiones saben tender manto piadoso y aun a veces transfigurar con beatificación inmarcesible a los que sin malicia cayeron en pecado: ¡cuántos grandes pecadores—oh gran Pablo, oh genial Agustín—se tornaron para siempre en santos de altar, y—oh poesía de la historia—la cabellera perfumada de la Magdalena perfuma todavía al través de los siglos los pies de Jesucristo!

Viene usted a los trabajos de la Academia de la Historia bien preparado por su labor literaria. En trabajos históricos y en labor de letras requiérense condiciones semejantes: entre otras, observación, documentación, estilo. Especializado usted en la novela, sobre todo en sus mocedades, aguzó el sentido de observación, como precisamente lo necesita el historiador, por donde éste y el novelista resultan empleando el mismo método científico. Al propio tiempo, la observación se completa y confirma con la documentación, sea de papeles escritos o de palabras orales, sea de paisajes, fisonomías o máscaras, miradas, ambientes; es decir, la vida y su medio en su infinita variedad de aspectos y matices. Todo ello, sin

embargo, fuera insuficiente sin la suprema condición: el estilo. El simple observador se quedaría siendo mero fotógrafo, o para exceptuar la fotografía artística, una máquina sin alma: la sola documentación no formaría sino recopiladores y cronistas, obreros indispensables y beneméritos, pero a semejanza de los anónimos obreros encargados de acarrear materiales para el Partenón y para la estatua de Minerva. El estilo, en su acepción más comprensiva, es la única condición creadora, así en la novela, así en el drama, así en el poema, como en la historia; y cuando aparece al fin la obra perdurable, sus personajes —de novela o de historia— viven con vida aun más intensa que las personas de la aparente realidad; y por milagro del arte, su vida no es efímero instante entre la cuna y el sepulcro; es existencia inmortal fuera del tiempo y del espacio, la existencia sin principio ni fin de Aquiles y de Edipo, de Don Quijote y de Don Juan, de Hamlet y de Fausto, que andan para siempre codeándose y conversando con el "Pensieroso" de Miguel Angel y el "Penseur" de Rodín, con el Pericles de Tucídides, el Sócrates de Platón, el Jesús de Renán.

Bienvenido el artista, el maestro de estilo que así como supo crear en las letras tipos dignos de su proteico talento, continuará creando aquí personajes de historia. Este campo de estudio es inagotablemente fecundo, porque la historia no se acaba nunca de escribir. Es ella, como la vida universal, creación perpetua, y al propio tiempo, perpetua actualidad. Ni el pasado es completamente pretérito, porque los muertos (fea y engañosa palabra) continúan peleando en nuestro combate, amando u odiando en nuestro corazón, soñando y creando en

nuestro espíritu; ni el presente es sólo el día que pasa, porque van en él consustancialmente unidos lo que fué, lo que parece ser, lo que será: el recuerdo con su crepúsculo de tarde melancólica, el instante de ahora con su anhelante impaciencia, lo que viene con su sonrisa de otra aurora. No fuera existencia digna de vivirse la existencia nuestra, si no fuese más que el momento presente—entre los términos del tiempo y del espacio—, en vez de ser nota inextinguible en la sinfonía universal y ritmo permanente en sus transformaciones infinitas.

Esta hora de hoy nos está diciendo que no han muerto nuestros héroes, nuestros padres, los fundadores de la patria, menos aún el resumen y cumbre de todos ellos, el Libertador. Basta pronunciar sus nombres para reverles aquí viviendo entre nosotros, arropándonos con su gloria y compartiendo nuestras esperanzas.

Le aplaudo a nuestro colega el no haberse limitado en su discurso a reseñar campañas ni a describir batallas. Cierto que fueron obras de arte, las unas, fulgurantes relámpagos las otras; pero cierto también que no está exclusivamente en ellas, ni por su parte esencial, el alma, ni el pasado ni el presente ni el porvenir de la nueva América. Prevista fué y preparada por el genio comprensivo del Libertador, genio que se reflejó en Ayacucho en la estrategia del más joven y más grande de sus tenientes, alma pura de guerrero sin par, a tal punto amado del destino, que desaparece en verde primavera para no tener tiempo de manchar su espada en mísera contienda de ambiciones efímeras.

Releed en estos días el manifiesto de Cartagena, la carta de Jamaica, el discurso y constitución de Angostura, la constitución de Bolivia, el programa del congreso de Panamá (dejando para alguna hora crepuscular de contrición cristiana los decretos del año 28), releed también el comentario inmortal que nos legó con sus cartas, y veréis cómo fué engendrada y nació nuestra América, la de hoy y de mañana, la que se apresta a cumplir su alto destino restableciendo el equilibrio moral, económico y político del mundo moderno.

La América del Libertador y del Mariscal de Ayacucho acaba de nacer, porque contar por siglos no vale más que contar por segundos, porque en historia de pueblos no se mide el tiempo por revoluciones del planeta, mídese por las revoluciones del espíritu. El Libertador fué una revolución creadora que se está realizando todavía. Seamos todos buenos ciudadanos de su patria y buenos hijos de su América.